

Según Gabriel, somos testigos de un momento histórico en el que el lenguaje tiene un alcance y autoridad sin precedentes. En este contexto, estructurar correctamente nuestras ideas no es simplemente una cuestión de estilo: es esencial para que el mensaje conserve su fuerza, claridad y capacidad de influir en quien lo lee.

Sin embargo, el autor advierte que la gramática excesivamente rígida también puede limitar nuestra expresividad: “simplifiquemos la gramática antes de que la gramática termine por simplificarnos a nosotros. Humanizar sus leyes, aprender de las lenguas indígenas y asimilar los neologismos sin rehuir los llamados “gerundios bárbaros” o el “dequeísmo parasitario” es hacer del lenguaje una herramienta ágil y libre. De este modo, la gramática actúa tanto como ancla para evitar malentendidos, como trampolín para explorar nuevos matices y sonidos.

Finalmente, García Márquez señala la necesidad de poner “más uso de razón en los acentos escritos..., que nadie ha de leer lagrima donde diga lágrima ni confundirá revólver con revolver. Y propone enterrar ciertas redundancias, como la h “rupestre”, o las duplicidades entre b y v, ge y jota, que muchas veces obstaculizan el aprendizaje. Así, una gramática racional y revisada permite que escribamos con belleza, precisión y sin temor.